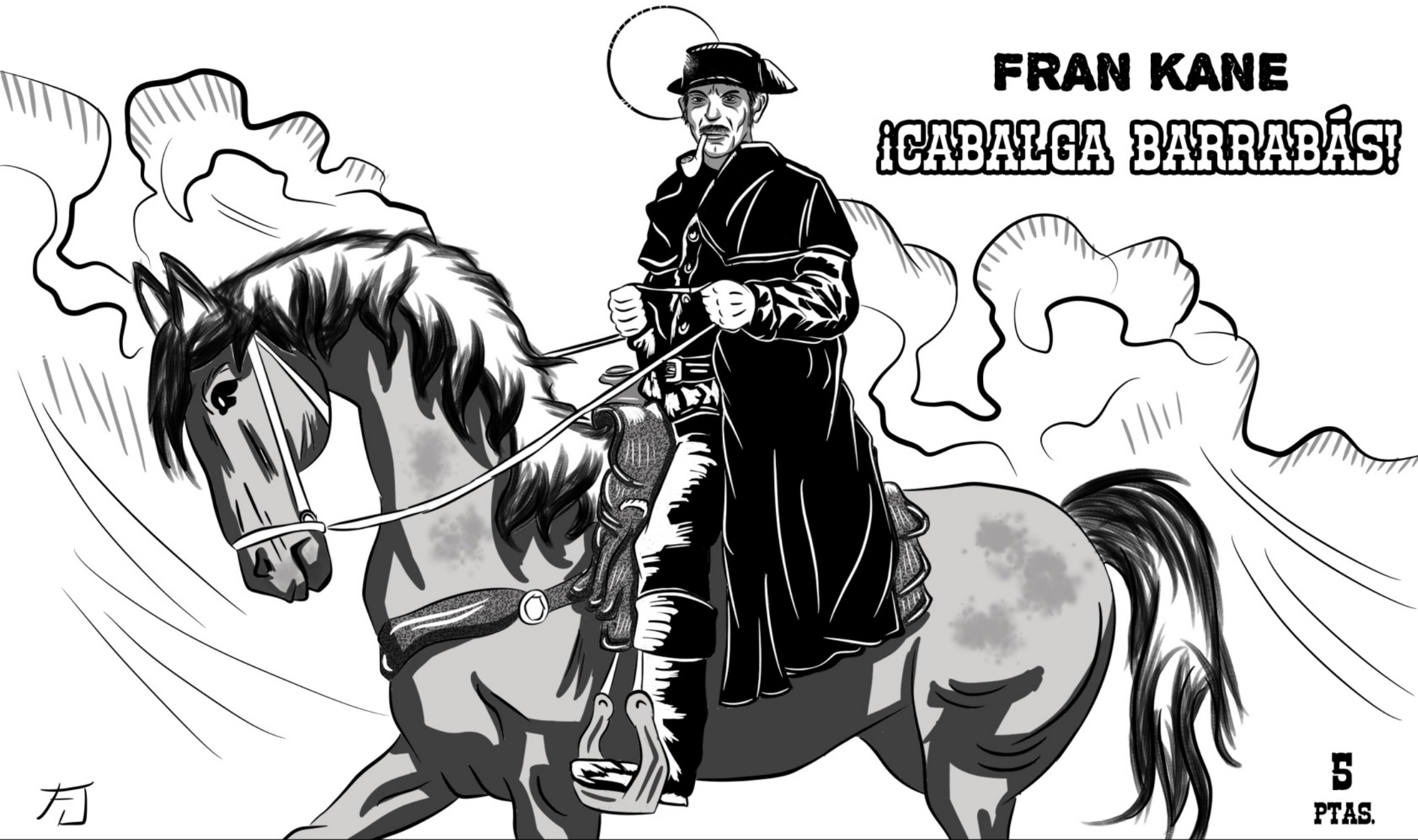


FRAN KANE
¡CABALGA BARRABÁS!



右

5
PTAS.

Consuelo volvió a apretar el mango de la escoba. Llevaba un rato plantada al lado de la puerta de casa, aferrando la madera como los reyes que agarraban sus espadas en las tumbas de piedra. Era un visitante lo que subía por la caleya y en aquel tiempo las visitas inesperadas significaban problemas o un sitio en la fila de la tapia del cementerio. Más si la visita llevaba capote o ideas de revolucionario.

Aquel llevaba capote y se lo tomaba con calma en la subida. Casi parecía jugar al escondite cuando desaparecía detrás de unos castaños y tardaba más de lo conveniente en aparecer, con ese trote lento y medido de su yegua bay. Sus espuelas sonaban como las campanillas de romero, pero a Consuelo se le antojaban campanas llamando a muertos, pues el extraño vestía el gris y en aquel tiempo el gris significaba preguntas y las preguntas significaban problemas.

El sol estaba bajo y sus rayos levantaron reflejos del tricornio, pero el extraño se había situado con el rostro bajo y con la luz a la espalda, por lo que Consuelo solo pudo entrever un rostro umbrío que nada bueno presagiaba. La mujer reprimió el ademán de santiguarse, pues las sombras parecían hundirse en aquella faz de cuchillo dándole el aspecto de un habitante del osario a media que el visitante alzaba la cara y se tocaba el tricornio con un dedo a modo de saludo.

El jinete se llevó la mano al pecho y extrajo una vieja pipa de madera, lustrada por los años, la cual introdujo entre sus dientes sin encenderla. Seguidamente miró a Consuelo y con una sonrisa tajuna le conminó haciéndole señas con la mano para que se desplazase a la derecha, alejándose de la puerta cerrada de la entrada, cosa que Consuelo hizo arrastrando los pies sin dejar de mirarlo. Cuando estuvo satisfecho el guardia la mando parar enseñándole la palma y seguidamente metió de nuevo la mano bajo el capote, sacando esta vez un papel amarillento, el cual desdobló ceremoniosamente y lo alisó sobre la corneta de la silla. Cogiéndolo por una esquina se lo llevó a los ojos,

leyó durante unos largos segundos su contenido, lo volvió a doblar y se lo metió en un bolsillo del pecho sobre el que brillaba una medalla.

— Remigio Suarez Bardasco, se tu nombre y tú nunca sabrás el mio. Si te ves obligado a decirlo llamame simplemente el Coronel cuando te pregunten allí donde vas. Me has hecho dar una buena caminata, casi pienso que la yegua se rompe una pata en ese campo topos que tenéis por camino. Por fortuna no he tenido que meterle un tiro y tener que subir a pié.

Del interior solo respondió el silencio.

— Si, es un buen caballo este. — dijo el jinete — Me ha traído sobre la silla sin protestar desde muy lejos, un animal noble que lo mismo atraviesa un charco que un prao, ya sea con nieve hasta las rodillas o bajo la lluvia. Incluso no protestó cuando tuve que atajar el Nalón sobre él hasta San Esteban, puesto que el asunto apremiaba. ¿Te acuerdas de San Esteban, Remigio? Tengo entendido que vivías allí hace cuatro años. Con tu hermano y su esposa. La que ahora es tu señora.

El silencio de la casa se vio interrumpido por un leve click. El extraño volvió a pedir a Consuelo que se desplazase un poco más a la derecha.

— Por lo que me dicen en el Nalón salen unas anguilas tan largas como tu brazo, negras como carbón y brillantes como la plata. Buenas anguilas. Las mismas que a tí y a tu hermano os gustaba pescar.

De dentro llegó el crujido de unas tablas acercándose a la puerta.

— Remigio Suarez Bardasco, me envia Selmo, tu hermano. El mismo cuyos huesos cargados de cadenas alimentan las anguilas que antes pescaba. Dos cosas me ha encargado: la primera es decir a Consuelo que no la abandonó y que aún la quiere allí donde está ahora. Que en la carbonera de su an-

tigua casa, tiene un fajo de perras oculto en la esquina de la viga que le permitirá comenzar de nuevo en otra parte y comprar las vacas que habían hablado. La segunda... la segunda es enviarte al infierno, Remigio.

En ese momento la puerta reventó por la mitad en una nube de plomo y astillas que impactaron contra el jinete y el caballo, el cual pegó un relincho agonizante y cayó como un saco al lado. Consuelo pegó un grito y se llevó las manos a la cabeza mientras se dejaba caer al suelo arrastrándose por la pared, sin poder dejar de mirar al gris, el cual se limitó a pasar la pierna derecha sobre la grupa mientras el jumento caía muerto. Lo hizo como quien salta una cerca pequeña y se posaba en el suelo sin rasguño aparente. Vio como sus ojos se afilaban y asomaba el tajo de sonrisa mientras sacaba rápidamente un Trubia de su cinto. — Lastima, era una buena yegua — dijo mientras soltaba un tiro apuntado a la oscuridad del furaco de la puerta — voy a tener que volver hasta la Torca del Cerro andando, pero al menos sé que allí vas a estar para testificar el final de mi contrato. —

El Coronel volvió a guardar el revolver y comenzó a descender de nuevo por la caleya, no sin antes despedirse de Consuelo, tocándose de nuevo el tricordio con un dedo. Tenia la pipa encendida. Consuelo no le había visto encenderla.



Dicen de Barrabás que en tiempos de Poncio Pilatos, era un conocido asesino y salteador de caminos, para el cual cualquier atrocidad era poca. Tal era la cantidad de sangre que manchaba sus manos que se decía que si hundía ambos puños en el Jordán este permanecería tinto durante tres días. Pero como bien dicen, a todo cerdo le llega su San Martín y el forajido fue finalmente prisionero y arrojado a las mazmorras del gobernador romano. Con tamaño equipaje, a Barrabás no le esperaba más que la crucifixión, así que el fue primer extrañado cuando cuando escuchó a la gente gritar su nombre como candidato a ser indultado. Cuando se encontró en las calles fue abordado por un tal Mateo, el cual resultó que era discípulo de un tal Jesús, al cual proclamaban mesías. Mateo le dispensó un respeto que chocó enormemente al salteador, pues no era nacido del miedo, sino que como le explicó el apóstol «el era un escogido de dios, pues lo había salvado a cambio de la vida de su hijo.» Esto despertó la curiosidad de Barrabás, el cual siguió a la comitiva del crucificado y presencié su muerte. Cuando el cielo se oscureció, vio desde lejos como era llevado a la tumba que le habían dispuesto, la cual fue sellada con una piedra. Dicen que se quedó a esperar hasta que todos se hubiesen marchado, tal vez con el propósito de ver si el mesías había sido enterrado con alguna riqueza, siendo así como el fue el único que presencié el milagro de ver como la piedra se apartó un palmo a medianoche, lo justo para que pudiese pasar. Lo que allí vio o habló, solo se puede especular, pero lo cierto es que en las semanas siguientes los templos y calles de Jerusalén se tiñeron con la sangre de los que habían juzgado y acusado falsamente durante el juicio al nazareno.

De Barrabás no se volvió a saber y algunos dicen que aún cabalga por los caminos, persiguiendo las almas de los falsarios y los asesinos de inocentes.

Esa es la historia del Barrabás con mayúscula, ahora hablaremos de los que llevan minúscula.

Dicen que cuando un inocente es asesinado, el trámite burocrático dicta que suban al cielo, pero si su alma alberga un sentimiento de venganza o la inquietud por asuntos inacabados, estas cadenas le impiden ascender y permanecerá varado en el limbo hasta que no se libre de ellas. Obviamente, en el cielo no hay asesinos para resolver estos asuntos, pero de esos anda sobrado el infierno. Es la hora de que otro se manche las manos, es la hora de los barrabases.

Oficialmente, a las calderas de Pedro Botero solo hay un camino de entrada, pero algunas almas condenadas con cierta iniciativa han encontrado lo que parecen pasos de contrabandista por los que pueden escapar al mundo de los vivos. Aun así, prácticamente nadie se atreve a usarlos, pues saben que si son atrapados la pena será aun mayor. Esto no ha detenido que haya aparecido cierto mercado que transcurre bajo el mismo rabo del Demonio, el cual consiste en que un alma inocente que ansíe venganza puede contratar a un condenado del infierno para que acabe sus cuentas pendientes. El dinero no tiene valor allí abajo, pero en cambio el dolor tiene el mismo peso que las pesetas, así que el trato siempre consiste en que el inocente se cambie por el condenado un tiempo, mientras que este recorre los caminos para cumplir el pacto.

El tiempo es limitado y suele limitarse a unas semanas o un mes a lo sumo, a menos que la venganza sea inusualmente larga. Cuando el tiempo o la venganza de cumpla (lo que pase antes) el condenado deberá descender inmediatamente al infierno por la puerta grande, mientras que el inocente ascenderá de nuevo al limbo o subirá a patadas al cielo. Obviamente el barrabás recibirá una condena aún mayor, pero para a alguien que está condenado a un tormento eterno un solo minuto en la tierra es lo más parecido que va a tener de un vistazo al cielo.

Se cree que el Diablo, el cual al fin y al cabo es un diligente carcelero, conoce todas estas vías de escape y mercadeo, pero que las considera una simple molestia ya que al fin y al cabo el trato redundará en su beneficio. El que realmente se lo toma a mal es Plutón, el cual es el encargado del libro de

cuentas del infierno y el que va a sufrir las iras de su amo y del cielo si estas no casan mensualmente. Es por ello que tiene a su servicio un cuerpo de interventores, los cuales se encargan de hacer retornar a los huidos cuando las cifras del censo y el recuento no casa. Estos interventores son conocidos por su diligencia e instinto cazador, nunca fallando en su objetivo, así que el barrabás ya les puede sacar ventaja para poder llevar a cabo su pacto a tiempo. Esto hace que los mejores barrabases (y por tanto los mejor cotizados) sean los que combinen eficiencia con rapidez a la hora de efectuar su trabajo, ya que Plutón se preocupará en incrementar su sufrimiento de una forma proporcional al tiempo que ha permanecido en fuga, a razón de un año de penas adicionales por día. Estas penas pueden llegar a ser eternas si el condenado comete el error de acabar con la vida de algún inocente, lo cual ha disuadido a muchos a tomar el camino del barrabás, pero ha separado la paja del trigo dejando solo a los realmente implacables, los cirujanos de la venganza.

Se recomienda a todo osero que actúe con cautela si se vé involucrado en los asuntos de un barrabás, pues han demostrado ser adversarios realmente formidables. La mayor parte de las veces esto no es necesario, ya que al fin y al cabo estos se limitan a ajusticiar a comprobados culpables, pero se pueden dar ciertas circunstancias en las que sea imperativo intervenir debido a que se necesita a la víctima con vida, ya sea para la obtención de una información vital, un ajusticiamiento según la ley o entregarla a la justicia. En tal caso ha de tenerse en cuenta que aunque tal vez el resultado sea el mismo y el alma inocente sea vengada, el barrabás verá esto como un acto de intrusismo y de afrenta a su honor como asesino, lo cual puede llevar a ganarse su rencor eterno ya que una mancha en su currículum repercutirá en un menor grado de contratos y por tanto de volver a tocar el mundo de los vivos.

Obsérvese que las características que se dan ahora son las de un Barrabás típico, el DJ esta abierto a personalizarlo como desee.

BARRABÁS.

Atributos: Agilidad d12, Astucia d8 Espíritu d8, Fuerza d10, Vigor d10

Habilidades: Callejeo d8, Intimidar d8, Montar d10, Notar d8, Persuasión d8, Pelea d10, Rastrear d10, Sigilo d10.

Paso: 6 Parada: 7 Dureza: 7

Equipamiento: Cuchillo de desollar cruzado al cinto (FUE + d6), Revolver o pistola (12/24/48; 2d6; RDD 1; Munición 8; AP1) Fusil Tigre (12/24/48; daño 2d8; RDD 1; Munición 15; AP2)

Ventajas: Comodín, Matón, Rápido, Resistente, Vulnerable (se recomienda el uso de balas o callados de texo, pues esta comprobado que esta madera anula cualquier capacidad regenerativa, resistencia o invulnerabilidad al daño), y sin embargo caminaba (el barrabás en esencia es un Muerto Inquieto, con lo que su condición le otorga una o todas de estas características: +2 a la Dureza, +2 a recuperarse del aturdimiento, no sufre modificador por heridas, no sufre daño adicional por ataque apuntado y es inmune a venenos o enfermedades).

Desventajas: Sanguinario, Tozudo.

Características observables del individuo :

○ *Aquel animal no caía.* El barrabás presenta una inusitada resistencia al daño, siendo virtualmente imposible de matar haga lo que se le haga. Regenera un punto de daño por turno si está consciente y uno a la hora si por algún milagro es incapacitado.

○ *Le juro que salió de entre las llamas como si nada.* El sujeto es inmune al fuego, axfisia, electricidad o cualquier otro elemento que sea dolorosamente conveniente para crear problemas.

○ *El era el halcón y yo la presa.* El barrabás es especialmente ducho en el seguimiento de su objetivo, con un +2 a sus tiradas de callejeo y rastreo.

○ *En su mano portaba el fuego de la venganza.* El barrabás es muy ducho en el uso de un tipo de arma, con la cual obtiene un +2 a las tiradas de

ataque y daño. Algunos de ellos parecer tener una especie de vínculo estrecho con ella, con lo que se especula que es la que usaron en sus correrías cuando estaban vivos, en tal caso disfrutarán de un +4 pero el arma será insustituible y el barrabás se sentirá incómodo con cualquier otra, sufriendo un -2 a sus tiradas.

○ *El infierno le seguía.* Hay algunos barrabases de los que se pronuncia su apodo con temor. El Coronel, Ringo, Manco o el Feo. Cuentan ya con montañas de informes en las bóvedas de Covadonga de sus ajusticiamientos, famosos por su pericia en realizar sus encargos y colarse fuera del infierno, con lo que no es de extrañar que Plutón tenga un fichero exclusivamente para estos inquilinos de culo inquieto especializados en darle esquinazo a los interventores. Por ello, el barrabás tendrá un +1 a sus tiradas de ataque y daño por cada naipe descubierto de la Mar Cuayada, pero a medida que la Marea se incrementa sufrirá un -1 a esas mismas tiradas por cada naipe cubierto debido a que los interventores captarán el rastro del barrabás y eso le pone nervioso a cualquiera. Si estas jugando con las reglas normales de benis de Savage Worlds aplica un +1 o -1 por cada beni que posea o haya gastado el objetivo del ataque.

○ *Parecía estar en todos los sitios a la vez.* Ciertos barrabases parecen tener una capacidad inusitada para desaparecer, cambiar de posición o desconcertar al contrario atacando por un extremo del pueblo y de pronto aparecer por el otro. Por ello, cada vez que sea perdido de vista, ya sea escondiéndose o doblando una esquina, el barrabás desaparecerá sin dejar rastro y podrá aparecer en otro lugar desafiando toda lógica espacial.

○ *Cabalgaba siempre un caballo bayo.* Muchos asesinos siguen siempre un método, sufren una manía o un tic y eso los vuelve en cierto grado predecibles y facilita la tarea de seguirles el rastro. +2 a todas las tiradas de Callejeo o para obtener información sobre ellos.

○ *Entonces me dí cuenta de que no era un paisano.* Algunas veces la verdadera naturaleza de un barrabás aflora y los que lo acompañan pueden ver a través del cascarón de carne que lo envuelve. Ya sea con un rostro ensombrecido, unos dedos inusualmente largos, un silbido que se asemeja a chirriar de

un grillo o un cráneo en llamas sirven para otorgar un +2 a Intimidar.

○ *No puedo repetir lo que me dijo.* El aura de depredador de un barrabás puede ser abrumadora, como la de un zorro en el gallinero. Una vez por combate, puede realizar una tirada enfrentada de su habilidad de Intimidar contra el Espíritu del objetivo, si este falla quedará aturdido un turno por cada naipe cubierto de la Marea si logra intimidar. Si no usas esas reglas, sería un turno por beni no gastado del PJ.

○ *Xulio Arias Escribano, tienes una cuenta pendiente con el diablo.* Todos los barrabases adoptan un mote que con el uso se transforma en su propia definición y que utilizan para ocultar su bien máspreciado, su verdadero nombre. Las almas fugadas más recalcitrantes tienen un cajón especial en los archivos de Plutón y pronunciar su nombre verdadero en voz alta pondrá sobre la pista inmediatamente a un interventor, el cual aparecerá en el momento que el juzgue convenientemente dramático. Los interventores suelen asemejarse a un individuo enguantado en un traje impoluto que porta una gastada maleta portadocumentos de piel marrón y hebillas de oro deslustradas. Los que con ellos se han topado lo único que recuerdan es un pánico helador como cuando anda el lobo tras la niebla, unas brillantes gafas y el grito del alma del barrabás cuando es arrojada y archivada dentro del maletín.



A medida que los jinetes galopaban, El escuchó a uno llamarle por su nombre

"Si quieres salvar tu alma del infierno de cabalgar por nuestras caleyas

entonces, vaqueiro, cambia tus costumbres hoy o con nosotros cabalgarás mañana

intentando alcanzar a la manada del Diablo a través de estos cielos sin fin"

Yippie yi Ohhhhh

Yippie yi Yaaaaay

¡Cabalga Barrabás!

Cabalga Barrabás.
Tonada de Juanito de los dineros

Tump, tump,... sonaba el golpeteo de un bastón al clavarse en la madera con la misma calculada ceremonia que una batuta antes del concierto. Con un crujido, los restos de la puerta de entrada se abrieron a las espaldas del Coronel.

— Nunca erro tiro y a lo que disparo tiene la decencia de quedarse en el hoyo del que no se sale. — dijo este — Así que eso solo nos deja con una cosa... Do... señorita Consuelo ¿quien más la acompaña?.

— ¿A ti quien carallo te parece mentecato? — Contestó una voz conocida.

— Una pregunta para otra pregunta. Una respuesta muy gallega... — El Coronel se giró con una sonrisa que no era sonrisa y apuró la pipa apagada. — Don Ramón.

— El mismo que zacanea en toda su negra gloria.

El hombre que se recortaba contra la oscuridad de la entrada de la casa vestía el negro mentado, así que en la luz menguante del ocaso lo único que destacaba era su cabeza, la cual era adornada por una larga y puntiaguda barba. Su mano derecha estaba apoyada en el grueso nudo de un bastón de madera, con cuya punta golpeaba el suelo para ir remarcando las palabras. No había izquierda, siendo su único vestigio una manga enrollada.

— Con esa barba y esa negrura parece usted una gota de leche derramada, Don Ramón. — Dijo el Coronel mirándolo torcido. En el fondo de la pipa asomaron unas ascuas.

— Y más amarga que la que te amamantó, mal nacido. Hablando de leches ¿hueles esto? es tejo — Don Ramón comenzó a caminar en dirección a su interlocutor — y con el te voy a moler cada hueso del cuerpo que no vas ni a ocupar un sobre cuando te recojan. Aun me duele el pie por lo de las minas de Almadén, maldito lechuguino al que no le ha dado el sol.

— Yo no mato fuera del contrato. Solo advierto con agujeros.

— Lo que me duele cuando va a llover no es el agujero, es que me diste una historia, merluzo. Una historia que no puedo contar por no romper voto de silencio a los oseros. Así que me voy a resarcir con una buena y concen-

trada tormenta de varicazos. ¿Que me llevo otro agujero? Cosa hecha, pero tu te vas acordar de ello y eso me calentará en invierno más que el anís.

Consuelo vio como mientras hablaba el que llamaban Ramón, la manga que le colgaba comenzaba a aletear como un trozo de ropa en el tendal cuando se acerca la tormenta. De ella surgió una borrachera de luminoso amorfismo, un extraño arco iris de misterioso veneno, hirviendo, saltando, centelleando y burbujeando malignamente en su cósmico e irreconocible cromatismo. Un color que no era color, pero que parecía más real que todo lo que le rodeaba. Este se doblo y trenzó hasta formar un brazo esperpéntico, una mala broma que parecía capaz de acabar con el mundo a dentelladas.

En ese momento Don Ramón corría ya hacia el Coronel, contra el que se abalanzó de un salto mientras que el otro apartaba bruscamente el capote y echaba mano al cinto. Consuelo decidió que vería si las perras estaban donde le habían dicho y se marcharía a Portugal.